



Madrid 24 de Octubre de 1861.


SUMARIO. ARTICULOS.—De la felicidad, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Torre de los Lujanes, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Los Ferro-carriles [continuacion], por don José M. de Larrea.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—La lluvia, por J. G. B.—El gusano de luz, por B.

GRABADOS. Francisco I en la Torre.—Viaducto.—Tren.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

XIII.

De la felicidad.


 ODA vez que lo que el hombre se propone por medio del cumplimiento del deber y aquello á que continuamente aspira es el goce de la felicidad temporal en esta vida, y el de la perdurable en la eterna, detengámonos por un momento en averiguar en qué consiste y qué es lo que debemos tener en cuenta para poder disfrutar de ella.

Tomo II.

Con frecuencia oirás llamar á los poderosos *los felices de la tierra*, porque el vulgo, preocupado é ignorante, crée que las riquezas bastan á proporcionar la felicidad. No cabe duda que constituyen uno de los medios mas poderosos para ello; pues el rico, queriendo cumplir con los deberes que la religion y la sociedad le imponen, se halla en situacion mas ventajosa, digámoslo así, para atender á las necesidades de sus semejantes, que no aquellos que por su indigencia, lejos de poder prestar á otros un auxilio, deben reclamarlo para sí. Tambien por medio de las riquezas puede alcanzarse la comodidad, y la satisfaccion de esos caprichos y necesidades que se impone el hombre, y que muchas veces, lejos de propor-

Núm. 40.

cionarle un bien, son motivo de mortificación.

Mas suponiendo por un momento que la felicidad, por consistir en el goce de los placeres, fuese asequible para el hombre colmado de riquezas, ¿cómo la disfrutaria careciendo de salud? y aun teniéndola, ¿de qué le servirían cuando con los años le hubieran sobrevenido los achaques y la debilidad? De modo que considerando por felicidad lo que el vulgo cree tal, tenemos por de pronto que se necesitaria la concurrencia de la salud y de las riquezas para alcanzarla, y por consiguiente seria reducidísimo el número de aquellos que en esta vida podrian llamarse felices.

¿Consistirá, pues, en la gloria? La gloria, hijo mio, es un fastasma vano que muchos persiguen durante su vida toda, y que solo alcanzan despues que han dejado de existir. Pero suponiendo por un momento que han llegado á alcanzarla; que mediante ella han ocupado elevadísimas posiciones; que se han visto rodeados de esa aureola de lisonja y bien estar; ¿de qué les habrá servido, si mortificados por miserables envidiosos, han visto derrumbarse el pedestal en que se habian encumbrado, volviendo á la humilde posicion de que habian salido? Cervantes, el génio que tan merecida tiene la gloria que hoy rodea su nombre, fué el blanco del ódio de sus contemporáneos, y á pesar de su indisputable talento, tuvo que buscar en odiosos empleos el sustento para él y su familia. Como Cervantes han sido casi todos los génios; ¿qué es, pues, la felicidad de la gloria?

Dónde está, pues, la felicidad? en qué consiste? dónde debemos buscarla? La felicidad, hijo mio, existe dentro de nosotros mismos, debemos buscarla en el fondo de nuestra conciencia. Consistiendo en un estado de contento y bienestar, en el cual se halla el hombre tranquilo y satisfecho de sí mismo, no son las riquezas, ni los placeres, ni la salud, ni la gloria, lo que puede hacerle feliz; son sus propias acciones. Los placeres materiales causan solo una satisfaccion fugaz y momentánea que, lejos de hacernos dichosos para siempre, desaparecen dejando un vacío en nuestro cora-

zon; y pues para ser felices es indispensable vivir constantemente en aquel estado de calma y tranquilidad de que antes te he hablado, claro es que no pueden proporcionárnoslo los inseguros bienes de la vida.

El hombre debe buscar, pues, en sí mismo la verdadera felicidad: siendo virtuoso, ejerciendo para con sus semejantes los actos y oficios que pueden contribuir á su dicha y bienestar, se hace dichoso tambien y vive mas feliz que aquel que, rodeado de todas las comodidades, no puede evocar entre sus recuerdos uno solo que se refiera á una accion digna del hombre social. Pero aun así; es decir: practicando el hombre constantemente la virtud, no creas que se vea completamente libre de sobresaltos y amarguras de la vida. Su propia naturaleza le expone á continuas intercadencias en su salud corporal: agitan de continuo su ánimo principios é ideas opuestas que establecen una lucha dentro de su propio corazon, y hasta las mismas relaciones con sus semejantes, y los males y dolores del prójimo le proporcionan pesares y aflicciones que interrumpen la calma de la felicidad. Esto te dice claramente que la vida del hombre es una continua alternativa entre el bien y el mal, por consiguiente el estado de felicidad estriba en el mejor resultado de esta alternativa.

Si quieres ser feliz practica la virtud: no solo interesándote en los males y necesidades de tus semejantes, si que tambien sacrificando tus ciegas pasiones, despreciando los fugaces placeres de los sentidos, y deleitándote en los purísimos y durables goces del corazon. Si así lo haces ¡cuán bella, cuán hermosa se te hará la vida! ¡Con qué placer no penetrarás dentro de tí mismo, y al recordar las acciones todas de tu vida, y al verlas recompensadas con el cariño de aquellos á quienes has asistido, con cuánto júbilo no revelarás que has cumplido en este mundo tu mision! Entonces, satisfecho de tu peregrinacion sobre la tierra, lanzarás una mirada á tu pasado, y con la dulcísima tranquilidad de que goza el justo, te prepararás para recibir en el cielo, por medio de la felicidad eterna, el premio á las buenas ac-

ciones, que ya en este mundo te habrán proporcionado la felicidad temporal.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

LA TORRE DE LOS LUJANES.

Existe en derredor de todas las ruinas históricas una atmósfera sagrada que inspira al corazón un religioso respeto, y evocando en la imaginación los recuerdos de lo pasado, la transporta á las épocas mas lejanas, prestando nueva vida á los objetos, y revistiéndolos instantáneamente de todas sus formas y colores.

Por eso al atravesar en las altas horas de la noche la plaza de la Villa, vemos alzarse en toda su magestad la antigua Torre de los Lujanes; percibimos indistintamente bajo la cimbra el monótono compás de los centinelas; vemos la luz que centellea al través de sus ventanas, y hasta nos parece escuchar los gemidos del Rey-caballero, valiente alcon aprisionado en Pavía por las garras del águila imperial.

Entusiastas de todo lo que recuerda nuestras antiguas glorias, vamos á consignar hoy una página de la caballerescas historia de la Torre de los Lujanes, siquiera porque en ella consignamos á la par el excelente corazón de una de las mujeres mas célebres de su época.

Margarita de Valois, hermana de Francisco I, era una de las dos célebres Margaritas que brotaron en los fértiles campos de Navarre para ir á eclipsar con su peregrina belleza y su preclaro ingenio á todas las hermosuras que brillaban en la corte de Francia, y que entonces como ahora era ya la mas culta y refinada de las cortes de Europa.

Entre Francisco I y Margarita existía una de esas intimidades que transforman el amor fraternal en una amistad envidiable, amistad que dura tanto como la vida.

Margarita de Valois, tan célebre por su hermosura como por sus vastos conocimientos, era reputada como la persona mas notable de su siglo, y Francisco, orgulloso del homena-

je que la sociedad rendía á la doncella real, la llamaba siempre « la Margarita de las Margaritas. »

A los diez y siete años ya la célebre princesa se desposó con el joven Carlos, duque de Alenzon, al que acompañó á sus Estados, derramando amargas lágrimas al separarse del que se habia acostumbrado á mirar como su único y mejor amigo.

Pero Dios habia dispuesto que Margarita fuese la fiel compañera en el infortunio como lo habia sido en la prosperidad, y apenas habia llegado á sus oídos la terrible nueva de que Francisco, prisionero en la batalla de Pavía, habia sido conducido á Madrid, Carlos de Alenzon espiraba en Lyon, dejándola viuda á la florida edad de 33 años.

Margarita experimentó entonces un dolor inmenso, al encontrarse sola en un mundo que su imaginación le pintaba como un vasto desierto, y pasó muchos dias entregada á la mas profunda y desconsoladora tristeza.

Los dos seres mas queridos habian desaparecido casi en un mismo dia de la sociedad; el uno, aquel cuya existencia estaba para siempre ligada á la suya, dormía el último sueño en un sepulcro solitario; el otro, el que habia formado su corazón y enriquecido su espíritu, gemía en tierra extranjera en el fondo de una prision honrosa, considerada, pero prision al fin.

Al cabo de algunos dias, Margarita llegó á creer que su libertad en aquel momento era providencial, y despreciando todas las reticencias que le imponía su reciente viudez, se trasladó á Madrid, encerrándose con su hermano en la sombría Torre de los Lujanes.

Francisco al verla olvidó por un momento todas sus amarguras, luego tornó de nuevo á su habitual tristeza, á la que se entregaba de tal manera, que su salud se iba debilitando de dia en dia.

Margarita, olvidándose de sus propios pesares, consagrábase noche y dia á endulzar las amargas y lentas horas de aquel monarca sin ventura, que no pudo conformarse jamás con el ingrato fallo de la fortuna.

Pero todos sus desvelos, todos sus afanes eran inútiles, y Francisco se demacraba mas y mas, sin que la desconsolada princesa pudiese adivinar el medio de hacerle mas llevadera su desdichada suerte.

Empleando todos los medios que le sugeria su fecunda imaginacion, Margarita obtuvo al fin que el Emperador recibiese en audiencia particular á dos enviados franceses que venian

Presa de un abatimiento que no habia conocido hasta entonces, luchando incesantemente con el doloroso recuerdo de su caida, cayó al fin en un estado de languidez que hizo desconfiar de su vida, aun á la misma Margarita, versada como casi todas las princesas de aquella época en los principios generales de Medicina y Anatomía.

Inclinada noche y dia sobre el lecho de su



Francisco I en la Torre.

á tratar de la libertad del Rey, y Francisco, animado por la dulce voz de la que tanto amaba, abrió de nuevo su corazón á la esperanza, abandonándose por completo á las mas dulces y consoladoras ilusiones.

La fatalidad pesaba todavía sobre el noble prisionero, y la jóven y hermosa viuda de Alenzon no logró conmover el corazón del César, que cifraba toda su gloria en los mas inflexibles principios de autoridad.

En vano ensayaríamos describir aquí toda la desesperacion que se apoderó entonces del desgraciado monarca, que habia llegado á creer ya muy cercana la suspirada libertad.

hermano, espiondo cuidadosamente la enfermedad que hacia rápidos progresos, Margarita, partido el corazón de dolor, hizo levantar en el aposento que hacia de cámara real un altar sencillo, donde celebró la misa el reverendo Arzobispo de Embrum, administrando la comunión á todos los que componian la servidumbre del Rey.

Margarita no se habia engañado; Francisco, arrastrado por el ejemplo, quiso tambien recibir la Hostia Sagrada, pronunciando, aunque con estremada debilidad, estas palabras realmente cristianas:

—Dios mio! vos únicamente podreis devol-

verme la salud del alma y la del cuerpo !

Aquella enfermedad hizo mas efecto en el ánimo del Emperador que todos los ruegos y negociaciones que se habian puesto en juego hasta entonces , y cediendo á la simpatía que le inspiraba el humillado Rey, presentóse inesperadamente en la Torre de los Lujanes, fijando sobre él su mirada de águila, en la que se vislumbraba un destello de dulce compasion.

Al ver entrar á su rival, Francisco se incorporó trabajosamente en su lecho, exclamando con la mas punzante y sarcástica espresion:

—Sire! ¿venís á gozaros en ver morir á vuestro prisionero?

—«Vengo á abrazar á mi hermano, respondió Cárlos V tendiéndole los brazos con efusion ; recobrad la esperanza, pues ya se acerca el dia de vuestra libertad.»

Aquellas palabras reanimaron de tal manera al enfermo, que desde aquel dia empezó á recobrar la salud , encontrándose muy pronto restablecido casi por completo de su fatal dolencia.

Pero los dias pasaban, y Margarita, desesperanzada con la tardanza, intentó repetidas veces facilitar la evasión del régio prisionero, pero sin poder conseguirlo.

A pesar de la rigorosa vigilancia que se ejercia en la Torre, llegó entonces á los oidos del Rey que el César enterado de las maquinaciones de Margarita pensaba en declararla prisionera de Estado, y queriendo poner en salvo á la que habia sido en la adversidad su ángel de consuelo, dispuso que aquella regresase sigilosamente á Francia, llevando al mismo tiempo el acta en que Francisco abdicaba la corona en el jóven Delfin.

En vano empleó Margarita las súplicas mas repetidas para que la dejase permanecer á su lado ; Francisco permaneció inflexible, y la princesa logró penetrar en Francia en Noviembre de 1525, sin que pudiesen alcanzarla los que, segun se dijo entonces, habian salido ya en su seguimiento.

Algunos meses despues, Francisco I recobraba la libertad á costa del tratado de Madrid.

Al volver á Francia, su amor hácia Margarita se habia convertido para él en una especie de idolatría : su cautiverio habia venido á poner en relieve toda la bondad, toda la dulzura, toda la resignacion que se albergaba en aquella criatura por tantos y tantos conceptos privilegiada.

Queriendo demostrar á su hermana cuanto se interesaba en su verdadera felicidad, ajustó su matrimonio en 1527 con Enrique de Albret, rey de Navarra y de Bearne, adonde la bella desposada fué á consagrar tódo el resto de su vida al cultivo de las letras y las artes.

Durante muchos años fué su palacio el punto de reunion de todos los poetas, los filósofos y los artistas contemporáneos, falleciendo en el castillo de Odos en 2 de Diciembre de 1549, trece meses despues de la muerte de Francisco I.

Margarita de Valois fué madre de la famosa é ilustrada Juana de Albret, y abuela de Enrique IV de Francia.

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

LOS FERRO-CARRILES.

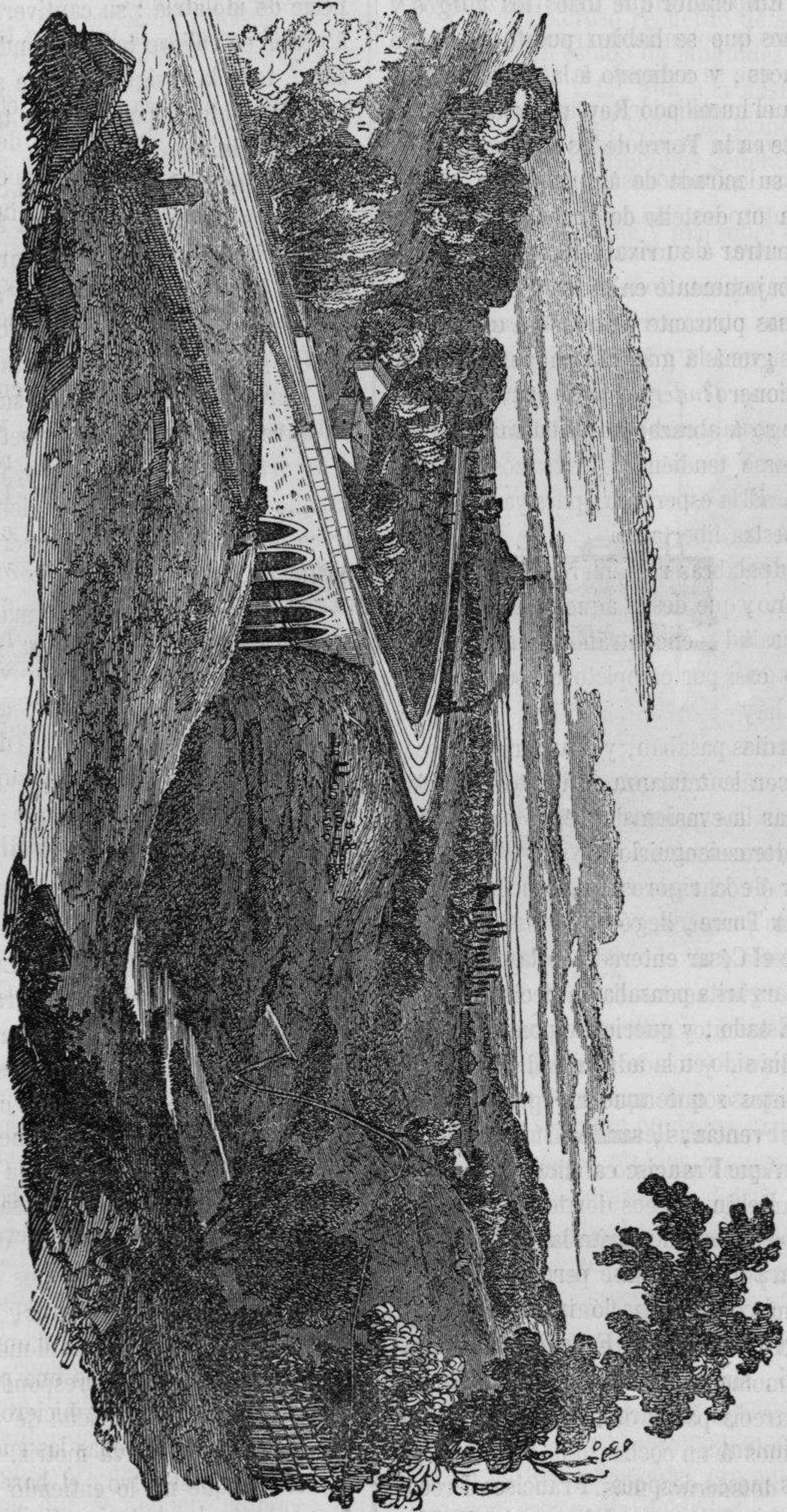
(Continuacion.)

Observa ahora, continuó Luciano, el tren en que vamos á subir. Esa gran máquina de hierro que va á la cabeza exhalando nubes de humo por su larga chimenea es la *locomotora*, cuyo mecanismo es demasiado complicado para poder esplicártele en este momento: bástete saber que el fuego que arde en la parte de la máquina, que se llama fogon, desarrolla en la caldera llena de agua una gran cantidad de vapor, la que por medio de los tubos de admission y distribucion, cilindros, émbolos y bie-las, trasmite á las ruedas el movimiento; cada vuelta de las ruedas corresponde á un gasto de vapor doble á la capacidad de los cilindros en que se ejerce la fuerza motriz.

—Aunque no lo entiendo muy bien, dijo Luisito, me parece comprender, sin embargo, que el vapor es el que da impulso á la máqui-

na para que ésta ande sola , arrastrando los

—Justamente; y la fuerza que tiene es tal,



Viaducto.

varios coches que lleva detrás.

| que hoy una locomotora puede conducir, sobre

un plano horizontal y con una velocidad de 20 kilómetros, hasta 800 toneladas de á mil kilogramos, lo que equivale á una fuerza de 70 caballos; pero la potencia de traccion disminuye á medida que se aumenta la velocidad, y la misma máquina solo podrá arrastrar la décima parte del peso con la velocidad de 80 kilómetros. Pero las locomotoras no remolcan generalmente tanto peso, no conduciendo generalmente los trenes de mercancías mas de diez wagones con ochenta toneladas.

—¿Y este otro carruaje que parece una caja y que sigue á la máquina, cómo se llama?

—Le llaman *tender*, y sirve para llevar la provision de agua y carbon de piedra de que ha de alimentarse la máquina. El agua pasa á la locomotora desde el tender, y éste la toma á su vez de los depósitos que hay en la vía. Detrás



Tren.

del tender verás un furgon de equipajes, donde van todas las maletas, baules, y demas paquetes pertenecientes á los viajeros, y luego los *wagones* ó coches de éstos, que son de tres clases: los de *primera*, con asientos y respaldos de tapicería, alfombras, cristales y cortinas de seda en las ventanillas; los de *segunda*, tambien con asientos rellenos y cristales, pero con menos lujo, y los de *tercera*, en los cuales los asientos son de madera y no hay cristales en las ventanas, aunque sí debe haber cortinillas. Aquel wagon es una administracion ambulante de correos donde van diversos empleados, recogiendo y distribuyendo la correspondencia por el camino. Van además otros carruajes mas ordinarios llamados *furgones*, donde se conducen los perros, los ganados, etc.

En este momento se dejó oír un agudo silbido, que parecia partir de la máquina.

—Subamos á un coche, dijo Luciano, ya no podemos detenernos mas.

—Ese silbido tan fuerte es una señal? preguntó Luisito.

—Sí.

—Y de dónde sale esa señal?

—De la máquina.

—¿Pues qué, la máquina tiene algun silbato?

—Este nombre se da en efecto á un sencillo mecanismo, por medio del cual, dando vuelta á una manecilla, se suelta un chorro de vapor que pasa por una campanilla, produciendo ese sonido agudo que sirve para avisar desde una gran distancia la llegada de los trenes á las estaciones y tambien su salida de ellas.

El tren se habia puesto en movimiento y habia salido del embarcadero, volviendo á pararse otra vez. Luisito sacó la cabeza por la ventanilla, y vió que algunos hombres daban vuelta á una gran plataforma de hierro, sobre

la cual se veia una diligencia sujeta á una especie de carro plano, hasta que éste quedó colocado en la direccion del tren, y enlazado á los coches que le formaban.

—Quiéres decirme que significa esto? preguntó Luisito á Leoncio.

—Es una diligencia, la de Córdoba sin duda, que irá con nosotros hasta Alcázar de San Juan, y en este punto la unirán á otro tren para llevarla, por el ramal de Alcázar á Ciudad-Real, hasta Manzanares, donde volverá á tomar sus viajeros para seguir con ellos por el camino ordinario; pero como las ruedas de las diligencias no sirven para el ferro-carril....

—Por qué no sirven?

—Creo que no te lo he explicado. Al principio las barras de hierro llamadas carriles y tambien *rails*, adoptando una palabra inglesa, eran planas; despues se hicieron cóncavas para que encajasen en ellas las ruedas, y últimamente, como el polvo, el barro, y otro cualquier obstáculo obstruian fácilmente los carriles cóncavos, se adoptó el hacerlos convexos,



dando á las llantas de las ruedas la forma de una garrucha, para que encaje en ellas el carril. Aquí tienes, pues, porque la diligencia no podría marchar sobre el carril, como te decia hace un momento, y porque es necesario colocarla sobre esa especie de carro plano que se llama *truc*. La plataforma giratoria que has visto sirve para cambiar de vía, pues haciendo girar con ella un wagon, una locomotora, etc., hasta que se encuentra en la direccion de los carriles que se quieren tomar, se empuja ya fácilmente por ellos la máquina ó el carruaje.

—Lo comprendo perfectamente; pero ahora que hemos vuelto á ponernos en marcha, ¿me querrás decir qué hacia un hombre que ha estado sujetando un pequeño aparato hasta que nosotros hemos pasado?

—Ese es un guarda-agujas, y el aparato que dices y que se llama *aguja*, es un triángulo de hierro puesto en movimiento por una palanca, que sirve para aproximar unos carriles de otros en el momento que pasa un tren, haciéndole cambiar de vía sin detenerse.

—Ahora sí que íbamos con velocidad, exclamó Luisito despues de algunos instantes; pero me parece que en este momento vamos mas despacio.

—Es que estamos pasando el *viaducto* sobre el arroyo Abroñigal, que tiene 246 piés de largo, 28 de ancho y 51 de alto, con tres arcos grandes en medio y otros tres á cada lado que le sirven de estribos.

—Y dime, ¿qué es un viaducto?

—Se llama viaducto.... Pero para esto será preciso darte una idea de lo que es la construcción de un camino de hierro.

En este momento otras personas que iban en el mismo departamento dirigieron la palabra á los niños y los distrajeron de su conversacion.

(Se continuará)

JOSÉ M. DE LARREA.



AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

(Continuacion.)

Al dia siguiente, por la mañana, el fondista presentó su cuenta á Raoul.

—Qué es esto? le preguntó.

—La cuenta del gasto que habeis hecho en mi casa; necesito dinero, y os agradeceria en el alma que la solventaseis en breve.

—Entendéos con mi ayuda de cámara; yo no me ocupo en estas pequeñeces.

El fondista llamó á Selim.

—Selim, exclamó Raoul, ofendido por la insistencia del fondista, paga á ese hombre lo que se le deba, y haz trasladar á otra fonda mi equipaje.

—Pagar, señor!... contestó Selim un tanto embarazado. ¿Y con qué?

Esta contestacion dió al traste con la paciencia del fondista.

—Nada temais, exclamó Raoul, para poner término á sus amenazas é injurias y tranquilizarle; aunque el príncipe de la Alcachofa no me devuelva los diez mil francos que le presté en hora infausta, escribiré á París, y á vuelta de correo... Por otra parte, me parece que mi aspecto no es de petardista... Si no os cegára la cólera, comprenderiais que un hombre de mi clase no obra como un caballero de industria.

—Un hombre de vuestra clase!... repitió el fondista soltando la carcajada... Magnífica garantía! A quién ha de inspirar confianza un necio y un presuntuoso? No habeis comprendido que todos se burlan de vos?

—Miserable! exclamó Raoul... Ayer tan humilde y hoy tan insolente.

—Ayer, aunque imbécil, os creia conde y millonario. Pero vamos á lo que importa; si efectivamente sois rico, ¿por qué no os dirigís para que pague por vos y os garantice al señor de Ferrieres? ¿Qué diferencia entre uno y otro! Basta verle para simpatizar con él. Si él os garantiza nada reclamaré hasta que recibais dinero de París; pero si se niega á ello,

os trataré en público como mereceis. Hasta mas ver, señor conde.

Seria imposible describir la desesperacion de Raoul : algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Selim rompió al cabo el silencio.

—No vacileis; id y hablad al señorito Eduardo, por triste y penoso que sea, habiendo ocurrido lo que ha ocurrido entre ambos. El asunto es grave y el tiempo vuela.

XI.

LOS SALTEADORES.

Despues de haber jurado una ruidosa y sangrienta venganza al dueño del establecimiento, decidióse Raoul á aceptar su consejo, es decir, á acudir á Eduardo para que le facilitase dinero ó le garantizara.

Para colmo de infortunio Eduardo no habia regresado de su escursión matinal, que solia prolongarse hasta entrada la noche.

Raoul pasó el dia encerrado en su cuarto: al caer la tarde se dirigió á la casa de baños arrimándose á las paredes, como un criminal, con la cabeza baja y el sombrero metido hasta los ojos para que no le reconociesen: temia que no hubiera persona que no supiese lo ocurrido entre el dueño de la fonda y él.

A la misma hora Eduardo se dirigia á Bagnères para reconciliarse con el conde de Chavigny, franca y lealmente, sino encontraba para ello un pretesto plausible.

Hé aquí porqué.

Al salir de Bagnères aquella mañana se le habia acercado un hombre, decentemente vestido, que no era otro que el príncipe de la Alcachofa, y le habia dicho:

—Os esperaba, señor de Ferrieres. No os detendré mucho tiempo, tranquilizáos. Ayer he tenido carta de vuestro padre; está bueno y os saluda cariñosamente. Tengo que pedir os un favor. Es preciso que Raoul os acompañe mañana á vuestro paseo diario al camino de la frontera de España. Sé que estais un tanto indispuestos; si él no os busca, lo que no me es-

trañaria, buscadle vos y hacer las paces... Digo que no me estrañaria que él os buscara, porque me consta que os necesita imperiosamente. Se me olvidaba deciros que no suspendais vuestro paseo ni cambieis de itinerario aunque oigais hablar en Bagnères de una partida de malhechores que ha pasado la frontera: en nombre de vuestro padre os juro que nada os sucederá aunque os sorprendiera, caso de que exista; con que hasta mañana.

Despues de haberle saludado cortesmente alejóse sin esperar contestacion, dejándole mudo y estupefacto.

Era preciso satisfacer punto por punto sus deseos, porque así se lo habia ordenado su padre.

En la casa de baños, como habia presentido, halló Raoul á Eduardo, que al verle le salió al encuentro tendiéndole la mano.

—Buenas noches, querido Eduardo, exclamó Raoul: ¿qué ha sido de tí en tantos dias? No te se ve por ninguna parte, ni en la fonda, ni en el paseo, ni en el teatro....

—Recorro los alrededores, que me parecen magníficos, con el album bajo el brazo. Debieras acompañarme alguna vez... ¿quieres venir mañana?

—Con mucho gusto.

—Esploraremos el camino de la frontera de España.

—Aprobado.

El señor de B... que precisamente pasaba al lado de Raoul y su amigo se detuvo, y dirigiéndose á éste:

—No hagais tal: el camino de la frontera es peligroso, le dijo. Se dice y es indudable que le recorre una partida de bandoleros.

—Venderemos cara nuestra vida, exclamó Raoul ahuecando la voz y frunciendo el ceño.

El Ministro le volvió la espalda.

—Querido Eduardo, dijo Raoul á su camarada, me ha ocurrido una desgracia y necesito de tí.

Y refirió el abuso de confianza de que habia sido víctima por parte del príncipe de la Alcachofa, y la garantía que exigia el dueño de la fonda.

Eduardo se puso completamente á las órdenes de su amigo, y le ofreció su firma y cuanto poseía.

No le había engañado el Príncipe: Raoul le necesitaba imperiosamente.

Al día siguiente emprendieron su paseo seguidos de Selim.

—Qué sitio tan pintoresco! exclamó Eduardo contemplando la cordillera gigantesca que divide á Francia de España. ¿Quiéres que nos internemos en este desfiladero?

Selim, que los seguía á alguna distancia, apretó el paso para alcanzarlos, y con acento trémulo les dijo:

—No habeis oído?...

—Nada, contestaron Eduardo y Raoul.

—Juraria haber oído un silbido.

—Nada tendría de extraño.

—Dicen que una partida de bandoleros....

—Algun pastor que llama á su ganado.

En aquel momento se oyeron clara y distintamente algunos silbidos.

—Huyamos, exclamó Raoul palideciendo.

Era tarde: una docena de bandidos enmascarados y armados de trabucos cayeron de improviso sobre ellos y los maniataron.

—Vendarles los ojos! dijo el jefe de la partida.

Eduardo se dejó vendar los ojos y maniatar sin decir una palabra; á Raoul faltóle tiempo para exclamar:

—No atenteis á mi vida; soy millonario y puedo pagárosla á peso de oro.

—En marcha!... exclamó la voz que había ordenado que los vendasen los ojos.

Dos horas despues se detuvieron.

—Podeis descubrirnos! dijo otra voz.

Estaban en un subterráneo húmedo y lóbrego: hé aquí el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Una docena de bandidos, armados hasta los dientes, ocupaban el subterráneo; dos antorchas empotradas en el suelo iluminaban débilmente sus semblantes curtidos por el sol.

—Vais á sufrir un interrogatorio, díjoles el jefe; no intentéis engañarme: una mentira os costaría la vida.

Y dirigiéndose á Selim añadió:

—Quién eres?

—El criado, el ayuda de cámara del conde de Chavigny.

—Un criado! repitió el bandido volviéndose hácia sus compañeros; ¿qué hemos de hacer de él? Soltarle.

—Y tú, cómo te llamas? continuó el bandido encarándose con Eduardo.

—Eduardo de Ferrieres.

—Eres rico.

—Sí, contestó Eduardo sonriéndose, no obstante la gravedad de su posición.

—A cuánto asciende tu fortuna?

—No puedo decíroslo precisamente, porque lo ignoro: mi fortuna consiste en los conocimientos que poseo, en la confianza que me inspira la Providencia, y en mi amor al trabajo. ¿Cómo quereis que valúe lo que han de producirme el latín, el griego y las matemáticas?

—Pareces un buen muchacho y no debes ser tonto: llevas dinero encima.

—Cinco luises.

—Dámelos.

—Hélos aquí.

—Desatarle también: me ha interesado.

Llegó su vez á Raoul.

—Y tú, quién eres? Cuál es tu posición en el mundo.

—Soy el conde Raoul de Chavigny, contestó con énfasis.

—Holá!... holá!... El conde de Chavigny! Serás muy rico. El negocio toma un aspecto agradable: acabaremos por hacernos íntimos amigos. A cuánto asciende tu fortuna... colossal?

El lazo estaba hábilmente tendido y Raoul cayó en él.

—A muchos millones.

Un murmullo de alegría acogió esta confesión.

—Pues señor conde, continuó el malhechor, si quereis recobrar la libertad escribid á vuestro cajero que os remita cincuenta mil duros de aquí á la tarde. Si á las seis en punto no los habeis recibido os cortaremos una oreja; si pasa el día de mañana sin hacerlo efect-

tivo, otra; si el siguiente, la nariz, y si el tercero la cabeza. Vuestro ayuda de cámara puede servir de emisario. Ahora prosigamos nuestra caza de viajeros, añadió dirigiéndose á sus hombres, que el día no ha empezado mal. Vos, señor de Ferrieres, partid cuando gustéis.

Cuando Raoul se vió solo con Selim se echó á llorar.

—Qué me aconsejas? le dijo.

—Que escribais al señor de Ferrieres lo que os sucede: yo llevaré la carta.

—No llegarás á tiempo.

—Podeis disponer de tres días.

—Si en todo el día de hoy no hago efectivo el rescate me cortarán una oreja, mañana otra, y pasado la nariz....

—En salvando la cabeza... Sin orejas y sin narices se puede vivir, y como no dejareis de ser rico, satisfecho que sea el millón, no faltará quien asegure que sois hermoso como un Adonis.... Conozco el poder de la adulacion.... Antes de un mes creereis que tienen razon y no os pareceréis feo y repugnante.

—Maldita sea la fortuna! exclamó Raoul dejando caer la cabeza sobre el pecho, como agoviado por tan fuertes y diversas emociones.

Cuando abrió los ojos Selim habia desaparecido: estaba solo.

Las horas que siguieron parecieronle eternas: la duda y el aislamiento acrecentaban su terror.

De repente sintió girar una llave en la cerradura de la puerta ó trampa del subterráneo.

—No hay salvacion para mí!.. murmuró cayendo de rodillas. ¡Dios mio, amparadme!

—De grado ó á viva fuerza conducirle fuera del subterráneo, dijo el jefe de los bandidos.

Raoul no opuso resistencia alguna: estaba desmayado.

—Conde de Chavigny, ha llegado la hora del juicio: arráncate la venda de los ojos.

Raoul vuelto en su acuerdo por la saludable influencia de una atmósfera menos pesada y viciosa, obedeció maquinalmente: una carcajada ruidosa y unánime resonó á su alrede-

dor; miró, lanzó un grito de asombro al verse en la sala de tertulia del establecimiento de baños, y perdió el conocimiento.

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.

LA NOVIA BLANCA Y LA NOVIA NEGRA.

Cuento de Grimm.

Un jóven pensaba casarse, mas toda su dificultad estaba en la eleccion de mujer; queria que fuese blanca y rubia como el oro, pues le parecia que si era morena y fea no podria vivir feliz á su lado. Anduvo así pensativo y meditabundo por mucho tiempo, hasta que le pareció haber encontrado lo que necesitaba en la hija de su vecino que hacia avergonzarse al mismo mármol con su blancura, y cuyos cabellos eran mas dorados que los rayos del sol: orgulloso con su buena suerte fué á pedírsela á su padre, que se la ofreció desde luego, pero advirtiéndole que no sabia fregar ni barrer, y que no acostumbraba á trabajar porque no se la desperfeccionasen sus hermosas manos.

Un poco disgustó esto á nuestro jóven, mas por no cargar con una mujer fea, pidió tiempo para reflexionar, esperando hallar alguna buena cualidad oculta en su futura esposa. Pasaron los días, las semanas y los meses, y el jóven solo veia en su novia una mujer muy cariñosa y amable, pero incapaz de todo lo que exige el cuidado de una casa y una familia. En tal situacion, no pudo menos de acordarse de una muchacha de su mismo púeblo, de quien nunca habia hecho caso, porque era casi negra y nada bonita, pero la que en cambio era tan activa y hacendosa, que merecia el aprecio de cuantos se la acercaban. Sin embargo, aun estaba por su novia, pues la negra no la creia digna de su eleccion.

Sucedió que un día al volver á su casa llovía de tal manera que se mojó hasta los huesos, cogiendo no poco barro; al pasar por la puerta de la novia negra le instó ésta á que entrase, se sentára á la lumbre para secarse,

y que le limpiaría; pero el joven, deseoso de llegar á la casa de su preferida, no quiso detenerse, y apenas la hizo caso. Pero no tardó en encontrar el castigo; cuando llegó adonde vivía su novia blanca, no halló lumbre ni un trasto en su lugar, porque habia estado sola todo el dia, á consecuencia de haber ido al trabajo su padre y hermanos. Quiso sentarse á su lado, mas no le dejó porque no la manchara, y el joven, aburrido y nada contento, se separó de ella.

Por el camino iba pensando que debia haberse equivocado, y que no era la hermosura lo que mas debia llamar su atencion en una cosa de que depende la felicidad de toda la vida, cuando sin saber cómo se encontró frente á frente de su novia negra. La miró despacio y no le pareció tan fea, se le figuró sobre todo que era muy amable, y cuando le admitió en su casa le sentó á su lado, y llena de solieitud procuró secar su ropa y limpiarla; no cabia en sí de gozo y decidió hacerla su esposa. Pero cuál fué su admiracion cuando la vió ponerse á trabajar, y le pareció que cada hebra del lino que hilaba se convertia en un hilo de oro, y cada vez que se levantaba ó sentaba iba convirtiendo en plata á cuanto tocaba ó miraba.—Ah! dijo para sí, esta si que es una buena mujer, qué felices serán mis hijos y cómo me regocijaré siempre que la vea á mi lado, pues con ella no puedo menos de ser el hombre mas afortunado de la tierra.

Se casaron al fin, y la novia negra hizo otro milagro, y es que la blanca se volvió tan activa y trabajadora como ella, no conociéndola ni su mismo padre, y fué muy pronto la mejor amiga de la que habia sido anteriormente la enemiga y la rival.

JOSÉ S. BIEDMA.

LA LLUVIA.

Volvia un labrador de vender su grano en el mercado de la ciudad cercana, y atravesó una selva espesa montado en su mula y con un saquillo lleno de oro.

La lluvia caia á torrentes, y el pobre labrador, mojado hasta los huesos, no pudo menos de murmurar de la Providencia, que le daba tan mal tiempo para hacer su camino.

En breve detrás de uno de los árboles descubrió un asesino que le apuntaba con su trabuco, y queria sin duda apoderarse de su oro: hubo un instante de terror... el asesino tiró del gatillo, pero el tiro, gracias á la lluvia que habia humedecido la pólvora, no salió, escapando confuso el malhechor.

Cuando nuestro labrador ya libre de todo peligro pudo tranquilizarse, exclamó:

—Cuán injustos somos al quejarnos de la Providencia! La lluvia, de que yo me lamentaba, acaba de salvarme la vida! Si el tiempo hubiera estado seco, á estas horas seria cadáver, y el fruto de mi trabajo hubiera pasado á manos de un ladron en vez de servir para sustentar á mi mujer y á mis hijos, que aguardarian en vano mi vuelta!

¡Cuántas veces aquello mismo en que vemos un mal es un inmenso bien que debemos á Dios!—(*Schmid.*)

J. G. B.

EL GUSANO DE LUZ.

Un gusano de luz se hallaba entre el blando musgo de un bosque de encinas, ignorante de su diamantino brillo.

Un monstruoso sapo se acercó á hurtadillas hácia él, y le lanzó todo su veneno.

—Ay! qué te he hecho yo?—le gritó el gusano.

—Por qué brillas tanto!—le contestó el mónstruo.

B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.